

TOCARNOS MÁS

Entrego este texto a destiempo. Fuera totalmente de los plazos en los que se me solicitó. No es una disculpa, es una declaración de intenciones. A sabiendas.

He escrito este texto varias veces, pero siempre tarde. Ocurría que dejaba tantas veces el borrador colgado, pendiente de enviar, que la siguiente vez que lo releía ya no me interesaba. No he tenido el cuerpo para hacerme cargo de palabras. Esto es lo que pasa, a veces, con los textos. Por eso lo que leen es también lo que está escrito y vuelto a escribir. Por eso lo que sigue acaba y empieza de nuevo, en varias ocasiones. A punto de enviarlo, se nos vino todo lo que tenemos encima. Este texto es muchos textos antes.

La escritura, como el arte, como el cuerpo, tiene su tiempo. Escribir no es un automatismo, por muchas buenas costumbres que se guarden o por muy disciplinado que una sea. Los textos brotan, igual que lo hacen las formas, igual que se cuecen las natillas, del mismo modo que revientan las hojas de los nogales en primavera. Nos hemos acostumbrado a que esos tiempos se ajusten imperativamente a las demandas del mercado y por ello hemos convertido nuestras palabras, nuestras obras y nuestro sudor en elementos de producción. Hemos encontrado la manera de que los seres vivos se ajusten a esa demanda con fertilizantes y aberrantes transformaciones genómicas. Comemos transgénicos para poder comer más rápido. Pero todos sabemos bien la diferencia entre unas natillas caseras y unas natillas de supermercado, entre un tomate cultivado con amor y uno fabricado para ser consumido cuanto antes.

Vivimos estos días un acontecimiento de tal calibre que somos incapaces de darle dimensión. Ha ocurrido lo imposible. El conjunto de saberes que operaban en el terreno de lo simbólico y lo material han quedado pausados y en su lugar se ha instalado un código marcial. Estamos padeciendo, en mayor o menor medida (modulada por nuestro status de privilegio) una violencia sin precedentes con un lenguaje militar que se ha instaurado en nuestras vidas como si nada.

Hemos pasado de vivir “en tiempo real” a vivir en “el tiempo de lo real”.

Lo que está pasando es que el mundo se ha parado. Bueno, en realidad lo que ha parado es el sistema de producción y por tanto la economía basada en bienes materiales...porque la economía de lo pequeño, la humana, no ha sido nunca tan aguda y tan llena de perspectiva (como tampoco nuestra respiración ha sido tan ajustada a la respiración de la Tierra). El encierro nos ha trasladado al terreno de nuestras afecciones y nuestros afectos.

Estamos encerrados en casa habiendo cedido todos nuestros derechos individuales a la voz del Estado sin chistar o chistando un poco. En un tremendo ejercicio de docilidad (somos muy dóciles a pesar de todo) hemos depositado sobre la mesa a la espera de comprender de nuevo, todo aquello que veníamos barruntando. Es difícil pensar en cualquier gesto crítico desde la biopolítica foucaultina en tiempos de Leviatán. No queda otra que echarse a los adentros. Estamos viendo desplazados los ejes del control al individuo y, más

segmentadas que nunca, desgarradas de lo social, quedamos agazapadas y sometidas, en una entrega silenciosa y sin resistencia. Plegadas y dadas al amo. Sujetas, bien sujetas (te quiero Santa). Se nos han ido casi todos los aparatos teóricos al carajo, casi todos los corpus de comprensión han sido atropellados por la inmensidad de los hechos y estamos -si es que no estábamos ya- colapsadas. Pero podemos aguantar porque si estamos atentas comprendemos que nos seguimos teniendo las unas a las otras y, sobretodo, a nosotras mismas.

Ahora que estamos confinadas han surgido las verdaderas temporalidades de aquello para las que casi nunca teníamos tiempo. Qué angustia. Un tiempo otro. Parece que la economía feminista, esa que nos dice que pongamos la vida por delante (retomo conversaciones con Priscila, con Maite y con Zuhar), si podría darnos suelo para este imponente lugar en el que estamos apresadas. Nada volverá a ser lo que era y pretenderlo sería un gigantesco error. El relato imperioso del ya fallido liberalismo global nos querrá decir que todo volverá a la normalidad con esa cantinela de la recuperación y el crecimiento. Necesitamos ser más aliadas que nunca. Si lo que estamos aprendiendo a hacer estas semanas es a quedarnos quietas y decrecer...o, en todo caso a crecer como lo hacen las plantas (de dentro hacia afuera, hacia abajo, despacito y sin moverse del sitio), incorporémoslo ahora para activarlo después. Seamos esto que somos ahora pero sin encierro. Nos hará mejores.

Por eso retomo en estos días de ir despacio, de distanciamiento social, de mirada interior, de aliento y de cocinar observando, aquel texto que me pidieron y que me había propuesto que debía hablar (qué cosas!), del tiempo del arte. Que sea eso casi casi un manifiesto. El virus está hablando más de nosotras que nosotras de él. No quiero ni mentarlo.

Algunos llevamos conviviendo con virus toda la vida. Cerca, muy cerca. Esta no es nuestra primera pandemia, ni tampoco la primera estructura insignificante que nos aísla, nos confina y nos atemoriza. Tampoco es la primera vez que nos sentimos vulneradas ante una sombra invisible. Lo que ocurre, simplemente, es que ahora parece que el conjunto de la sociedad es atravesada por ese enemigo minúsculo y se siente aterrada. A mi este pánico me pilla aprendida. Me siento, en este sentido, jugando por primera vez en la vida con ventaja, porque para algunas de nosotras la piel siempre fue un campo de batalla y tocarse un gesto muy político.

Este tiempo que tenemos entre manos y que estamos viviendo con tanta ansiedad es un tiempo para el arte. Es el tiempo del arte y de la ciencia. Dos espacios que se transitan y chocan mucho más de lo que pudiera parecer. No confundir ciencia con medicina, y no confundir medicina con clínica. Porque la clínica es poder y la medicina también son hierbas y brujería. Son las muestras de subjetividad (de gesto, de ungüento, de clamor y totem) las que nos mostrarán qué es esto y qué dimensión ocupa. Los números los darán los estadistas y la narración será cuestión de los historiadores más adelante, pero la dimensión de este tiempo tiene que ver con otras cosas y son cosas que no son tangibles ni narrables. La política ha fallado. Estamos ahora en un tiempo exento de relato, inconmensurable y difícil de describir. Es un tiempo para todo eso que no se puede nombrar, un tiempo mágico. Sin irse muy lejos, ni tan allá, las velocidades de la técnica y las bondades

del bachillerato científico-técnico han quedado arrasadas por los stories en los que la gente enseña lo que es capaz de dibujar, cocinar, cantar o escribir. Resultó que las asignaturas que no servían para nada son las que dan sentido a vivir. Tambor en tiempos de instagram. Conjuramos en la soledad de nuestras casas.

No hay en este momento capacidad de discurso, sólo práctica. Ya ocurrió con el SIDA, que cuando no había aparato teórico ni capacidad de análisis, había experiencia y práctica. Experiencias tan desbordadas y tan desbordantes que en sí mismas eran un lugar. No hacía falta nada más, se hacía y punto. Se tiraba adelante mientras caían las amigas o las detenían. Daba igual que fueran médicos que policía. Justamente. Repetición de la jugada pero a lo bruto. Gestos de significación, respuesta contrahegemónica inmediata. Hemos tardado dos décadas en incorporar esa praxis y esos movimientos -pienso en el voguing o en las encrucijadas de lo tocante, estimado Aimar, amado Jesús- para poder comprender hasta qué punto se sitúan en el hoy.

Pues ahora estamos en otra bien gorda, una de magnitud incalculable y en vez de maricas y trans, morimos todas. Nos contagiamos todas. Todas somos portadoras. Todas tenemos miedo. Todas estamos alejadas, lejanas dejando a un lado los tiempos del sistema, los tiempos del mercado, para salvar las vidas de otras y las nuestras. Eso es lo que estamos haciendo: cuidarnos. Atrapadas en lo doméstico y enfrentadas a los espejos de las cuatro paredes. Sin poder casi movernos y viviendo en un aquí y un ahora, que es, sin duda, el momento de los momentos. Pulsión certera. Un territorio sin baile y de una gestualidad muy diminuta, pero no por ello menos significativa. Una gestualidad ínfima, pero también posible. Y también posible en lo que respecta al discurso dominante, también posible en la frontalidad. También posible en lo compartido.

Vivimos un tiempo que algunos quieren situar en el ámbito del paréntesis, la burbuja, para que todo vuelva a ser como era antes. Estamos siendo sometidas de muchas formas a esos imperativos, retos virales y noticias falsas que ahondan en el desasosiego y la falta de perspectiva. Que estemos ocupadas en tonterías, se nos pide. Me niego. No es un punto y seguido. Es un punto y aparte. Esto que nos está pasando es un hito representacional de la colectividad que deviene en espacio experiencial para todos los seres confinados. La plaza es nuestro salón, desde ese sentir comunitario. No es un tropiezo, es un abismo.

Nos estamos aburriendo. Asunto importante este. Estamos saturados de información. Claramente. Hay para quien es insoportable el reflejo que produce la mirada extraña de uno mismo en esta situación tan distópica (lo distópico está en la mirada) y también hay para quien esto es inflexivo. No quiero volver a lo de antes, ni a ser la misma, ni a que nada de lo que hacía sea igual. No deberíamos. Quiero construir desde otro sitio. Más llano, más apacible, más cercano, más lento, más liquen. Más a la velocidad con que estos días observo que crece el potos de al lado de mi ventana. Ser más bosque.

Por eso este texto, que fue muchos, habla hoy de la necesidad de defender la práctica del arte como la única capaz de resolver este entuerto. Nuestro único salvoconducto. Este texto habla del tiempo del arte que es "el tiempo de lo real". Y "lo real", no es sólo aquello

que se produce en el terreno de lo simbólico, sino que lo real tiene que ver -por ser justos con Delueze y por retomar ese crecimiento vegetal- con el rizoma. Lo real se sitúa en el ámbito de lo comunitario, en el lugar de los cuidados, en nuestro lugar y en el lugar del puchero. Natillas a fuego lento.

Ahora que no tenemos maquinaria productiva, ni horizonte para ella, que cuantos engranajes de eficiencia se ralentizan, se disipan o directamente implotan...ahora que todo cuanto tuvimos por certeza se asuma al abismo de la incertidumbre...quiero, por primera vez en mucho tiempo, escribir. Deseo escribir. Y si deseo, que parece estomacal, es porque me estoy haciendo cargo de mis alimentos y los de mi familia. Comer menos y hacerlo conscientemente, volviendo a las patatas y a los menús humildes de la cocina de mi abuela, porque son tiempos de guerra. Hacer mucho con poco. Estoy pensando en la poesía de tener control sobre los bienes que cocinamos, sobre lo importante de darles lugar y, de nuevo tiempo, que comer es amor y que las plantas crecen a un ritmo que apenas observamos porque vamos /íbamos demasiado deprisa.

Escribo estas líneas sobre líneas ya escritas y borro lo anterior porque ya no me sirve. Me sirve este ahora de mi piel. La piel. La piel y no los ojos ha resultado ser el sentido más humano. La piel que nos hace temblar y se eriza, que estos días se tensa porque quiero otra piel que abrazar, que llorar y que sentir, pero no puede porque el Estado de Alarma atraviesa esa unión y la impide. Queda dicho que no podemos tocarnos y hemos dejado de hacerlo. Un condón de distancia, una enésima abstinencia. Una ley marcial terrible e imperativa que nos aleja. Me temo que el cuerpo tiene memoria, como el barro, si aunque queramos retomar lo de antes, este colapso está inscrito.

De nuevo el tiempo a solas. A solas o en compañías innecesarias o forzados a compartir espacios con indeseables. O en el peor de los casos, confinados con los verdugos. Sea como sea la jaula que a cada una le tocó, es para todas, jaula. Primera vez en nuestro tiempo que un impacto nos llega a todos a la vez. Un hito en la memoria que se inserta caudalosa en nuestros cuerpos, un acontecimiento para todos similar. El eclipse entonces. Un meteorito.

Un tiempo de arte, liberado del mercado y de sus imposiciones. Unos días, apenas unas semanas, para una práctica desbordada hacia dentro, fuera de sitio en el sitio, fuera de lugar en un lugar y fuera de un marco, pero dentro del marco, inventando, sugiriendo y saltando a otros marcos. Es el tiempo de mirar tranquilo, arriba, al suelo, al agua, a las plantas, a los compañeros, a las memorias de los amantes y de los amigos. Es tiempo de hacer con lo poco que tengamos un mucho. Tiempo de espera, un tiempo muy castellano. Sin discurso, porque no hay nada que decir, pero haciendo lo que está pasando en cada una, por sus manos, sus senos, sus ojos o sus poros. Si es piel, o es girón o es sangre, que duela. A ver si este tiempo para el arte nos quita, nos cura, no sana, nos devuelve a otro sendero mejor o simplemente es eso, un mal paréntesis, que nos haya hecho desviarnos y que a la vuelta, además, el camino pinte más feo.

Me quedo con las pequeñas luces estos días en mitad de tensiones imposibles de narrar,

en calles vacías y desangeladas. He pensado en Dios y en rezar. Qué cosas. Pienso en Félix González Torres y esas preciosas piezas con caramelos. También he pensado en las piezas de piel de Pepe Espaliú y en algunos textos de Terence i Moix.

Estoy escribiendo mucho estos días, porque he ordenado mi ropa, y las llaves perdidas y las fotos de cuando era pequeño, he tirado cosas inútiles y limpiado algunos objetos que necesitaba ver con nuevo brillo. Me estoy dedicando a observar cómo crecen unas damas de noche que planté a finales de febrero y florecen las camelias. No quiero urgencias. No quiero nunca tener que entregar las cosas tarde. No quiero ese aliento en mi nuca, nunca más.

Cuando todo esto pase, que pasará, tendremos mucho que recordar de cuando pensábamos que éramos inmortales, infalibles y diestros. Deberíamos no olvidar aquellas emociones porque eran la ilusión de un mundo inconsciente. Seremos mejores, más útiles y más generosos si de este tiempo del arte extraemos la conclusión de que las hiedras pasarán por encima de nuestros edificios cuando por fin todo esto acabe.

También escribo este texto para recordarle a quien me lo pidió que el distrito del arte es ahora necesario, más que nunca, y que ese distrito debería tejer comunidad y red, relaciones, como una cocina de ingredientes sencillos y pobres, de cocción lenta. Porque no necesitamos batalla, y el mercado del arte era conflicto. Lo que necesitamos de ese distrito es que sea comunidad de vecinas, patio de luces y jardín comunal de flores salvajes, malas hierbas y plantas raras. El mercado ha de estar al servicio de las personas.

Por eso este texto, que fue muchos y se entrega tarde, es mejor que sea ahora. Estamos en un nuevo tiempo y los nuevos tiempos necesitan de nuevas fórmulas. Si Bilbao tiene un distrito de arte, debería ser un distrito que incorpore este tiempo que nos toca vivir y es, para muchas cuestiones, una cosa buena. Hemos tenido ya demasiado acontecimiento, demasiado evento. Distrito viene del latín y significa separar. Necesitamos, en todo caso, tocarnos más.

eduardohurtado.com
experienciamoderna.com

edurtado@gmail.com

647820207